

## DIA TREINTA Y UNO.

EL BEATO AMADEO, DUQUE DE SABOYA.

El beato Amadeo, duque de Saboya, noveno de este nombre, fué hijo de Luis II, y de Ana hija del rey de Chipre. Nació en Tournon, á 1° de febrero de 1435. Parece que fué como presagio de su futura santidad la extraordinaria alegría que causó el nacimiento de este príncipe; y los esponsales de futuro, que poco tiempo despues de su nacimiento contrajo con Violante, hija del rey de Francia, fueron dichoso nudo de una paz que anhelaban con ansiosos suspiros todos los pueblos.

Quiso la duquesa su madre tomar á su cargo la primera educacion del príncipe su hijo; y dejando al duque su padre el cuidado de criarle segun la grandeza de su nacimiento, ella se aplicó solo á irle poco á poco formando segun la santidad de su religion. Los primeros principios en que le imbuyó, fueron las máximas del Evangelio; y el santo temor de Dios fué el primer fruto de estos principios. Sobre todo se dedicó la virtuosa duquesa á inspirarle un santo horror á todo lo que podia ser ofensa de Dios; y previniéndole con tiempo contra los peligrosos lazos que el mundo arma á la inocencia de los grandes, contra las vanas ideas de grandeza con que los entretiene y lisonjea, y á favor de las importantes máximas de la Religion, de que el mismo mundo procura desviarlos, iba cultivando aquel entendimiento y aquel corazon que habia provisto el cielo con sus mas dulces bendiciones, y que algun dia la divina gracia habia de hacer el modelo de los principes mas virtuosos.

Dejóse conocer su piedad casi desde la cuna, y desde el mismo tiempo fué su virtud dominante la caridad con los pobres. Nunca mostró gusto á los entretenimientos ordinarios de los niños, y ninguno se le daba mayor que el que le enseñaba alguna nueva devocion. Mas le gustaba una misa que todas las diversiones del mundo; y para descansar de las tareas del estudio, tomaba un libro devoto, ó se retiraba á hacer oracion.

En medio del esplendor y de las delicias de una de las mas brillantes cortes de Europa, conservó su corazon sin que los engaños le sorprendiesen, ni las delicias le estragasen. Alimentaba la virtud y la inocencia con la frecuencia de sacramentos y con penitencias ocultas que servian de antídoto al contagioso aire del gran mundo.

La materia mas comun de su meditacion era la passion de Jesucristo. Enternecido con solo ver un crucifijo, muchas veces se le veia derramando lágrimas. Cuando se paseaba por los jardines de palacio, se le veia unas veces de rodillas, otras con los ojos y las manos levantadas al cielo, y otras interrumpiendo el paseo con algunas genuflexiones, mezclando siempre la diversion con la devocion.

No hubo príncipe mas amado, ni que mas mereciese serlo; porque ninguno hubo que supiese unir mejor la afabilidad con la grandeza. Su semblante siempre risueño, sus ojos siempre apacibles, su porte siempre majestuoso pero siempre humanísimo, le hacian dueño de todos los corazones, conciliándole al mismo tiempo el respeto de todos. A los diez y siete años de edad se casó con Violante de Francia, hija de Carlos VII y hermana de Luis XI, á quien estaba prometido desde la cuna.

Fué matrimonio felicísimo. No pudieron estar mas unidos los corazones de los dos esposos, porque no

podían ser mas parecidas sus inclinaciones. La princesa que tenía un gran fondo de piedad, halló en las virtudes del duque cuanto podía desear para edificarse, para instruirse y para aprovecharse. A vista de ejemplos tan soberanos se reformó en poco tiempo toda la corte de Saboya. De nada se hacia tanto alarde como de ser y de parecer cristiano, teniendo delante un príncipe tan religioso. Estar con menos compostura, con menos respeto en el templo; hablar de la Religion con poco aprecio; gastar conversaciones menos compuestas, ó no tan cristianas, era incurrir irremisiblemente en la desgracia del príncipe. Solo reservaba la severidad, solo se mostraba inexorable, cuando se atravesaban los intereses de Dios.

Aunque fuese el ministro mas importante, el oficial mas necesario, el criado de su casa de mayor autoridad, siendo libertino, bien podia darse por despedido de su servicio. Era máxima suya que ante todas cosas debia servirse á Dios, y que la Religion habia de ser la regla de la política. Sobre este principio se gobernaba á sí, y gobernaba sus estados.

A la oracion de la mañana se seguia una hora de leccion espiritual; á esta la misa, oida con tanta atencion, con tan profunda reverencia, que era dicho muy comun en la corte, que bastaba ver al duque de Saboya oír una misa, para que el corazon mas tibio se encendiese en devocion. Concluidos estos ejercicios espirituales, entraba en el consejo, donde ante todas cosas se despachaban las causas de los pobres, de las viudas y de los huérfanos. Allí se quitaba la máscara á la injusticia, que nunca se quedaba sin castigo. Allí entraba la inocencia con segura confianza de encontrar asilo al pié de aquel justificado tribunal.

Pero su pasion dominante, ó por mejor decir, su virtud favorita, era la caridad con los pobres.

Parecia no tener otros cuidados ni otra ocupacion que la solicitud de aliviarlos y de socorrerlos. Su mayor gusto era distribuirles él mismo la limosna por sus propias manos, persuadido de que lo que se hace con ellos, se hace con el mismo Cristo. Cada dia daba de comer á gran número de pobres en su palacio ducal; los mas andrajosos y los mas diformes eran los de mayor atractivo para él, sirviéndolos á la mesa él mismo. Queriendo darle á entender algunos cortesanos que abatia con exceso su soberana autoridad; el santo duque les preguntó, si creían al Evangelio: *pues acordados*, añadió, *que Jesucristo asegura que lo que se hace con el mas mínimo de estos pobrecitos, se hace con su divina persona*. Representáronle los ministros que sus excesivas limosnas tenían exhausto el erario, y que seria mejor emplear aquellas cantidades en fortificar las plazas y en mantener buen número de tropas, que en mantener vagamundos. *Alabo vuestro zelo*, respondió el duque; *pero tened entendido que las limosnas que el príncipe hace á los pobres, son las mejores fortificaciones del estado; los pobres son sus mejores tropas; y no hay arbitrio mas eficaz ni mas seguro para que reine en él la abundancia, que hacer largas liberalidades á los necesitados*.

Preguntóle en cierta ocasion un embajador si mantenía su Alteza real numerosa jauria de perros, y si gustaba mucho de la caza. *Mucho me gusta*, respondió el discreto príncipe, *pero la caza en que me divierto, es muy especial, y quiero que el señor embajador vea sus equipajes*. Diciendo esto, abrió una ventana que caía á un gran patio, donde se daba limosna á quinientos ó seiscientos pobres, y mostrándoselos con la mano: *Mire allí el señor embajador*, añadió el caritativo duque, *la caza que á mi me gusta*.

Oyendo un dia las quejas de un pobre artesano por cierta nueva contribucion que se habia impuesto, pre-

guntó á sus ministros si se podia aliviar al pueblo de aquella carga; y como estos le hiciesen presentes las urgencias del estado, el santo duque se quitó prontamente el preciosísimo collar de la orden militar que traia puesto, y haciendo que se redujese á dinero para acudir á las necesidades mas urgentes, mandó que se aboliese aquella contribucion.

Llamábase á la Saboya el paraíso de los pobres, porque todos eran bien recibidos del caritativo duque. Fuera de los muchos hospitales que fundó, y de otros á que consignó mayores rentas, aun se conservan hoy en muchas iglesias de Piamonte y de Saboya monumentos de la munificencia religiosa de este santo principe.

Hizo á Roma un viaje de incógnito para visitar aquellos santos lugares, y para satisfacer con mayor desembarazo su fervorosa devocion. Dejó grandes dones á la iglesia de san Pedro y á otras, los que aun el día de hoy son testimonio de la piadosa generosidad y de la grande alma de nuestro religioso duque. Muchas veces fué á pié con la devota duquesa á Chamberí, para tributar sus reverentes cultos al santo sudario.

Creyóse á los principios que su valor no correspondia á su virtud; pero presto enseñó la experiencia que los principes mas santos no son los menos valerosos. Haciendo el Turco cada día nuevas conquistas en tierra de cristianos, se convocó en Mantua una dieta para deliberar sobre los medios de poner freno á su orgullo, y detener la rapidez de sus conquistas. Habló en ella Amadeo como gran principe, y como principe generoso y cristiano. Ofreció sus tropas, sus tesoros, y su misma vida; admirando su determinacion y su zelo á los que no tenian tanto valor ni tanta virtud como él.

Teniendo noticia del peligro en que se hallaba su

hermano el rey de Chipre de ser atacado por los bárbaros, tomó la cruz, levantó tropas, juntó un poderoso ejército, y contuvo los intentos del sultan.

Era magnifico cuando lo pedia la ocasion, no obstante ser enemigo de la profanidad; y quedó asombrada la corte de Francia de los suntuosos equipajes con que se dejó ver en ella. Pero nada prueba tanto su cristiana generosidad, como su facilidad no solo en perdonar injurias, sino en olvidarlas. Habia declarado la guerra al beato Amadeo, Galeazo Esforcia, duque de Milan, y pasando este principe por la Saboya disfrazado, fué reconocido y hecho prisionero. Luego que lo supo el santo duque, despachó un correo, dando orden para que al punto se le pusiese en libertad. Esta accion hizo mas ingrato al duque de Milan, y fué ocasion de que pareciese mas generoso el duque de Saboya; porque en lugar de despojarle de sus estados, como pudo hacerlo fácilmente, quiso concluir con él una paz estable, y para afianzarla mas le dió por mujer á su misma hermana.

Habiendo hecho algunas incursiones en las fronteras de Saboya el duque de Borbon y el marqués de Monferrato, experimentaron á la verdad la clemencia de nuestro duque, pero fué despues de haber probado muy á su costa que no está reñida la santidad con la valentía.

Tuvo el mayor cuidado de que los principes sus hijos fuesen criados segun su religion, y como convenia á su elevado nacimiento. No habia en la Europa corte mas brillante ni mas bien arreglada. Reinaba la justicia con todos sus derechos en todos sus estados; y se llamaba el siglo de oro al siglo de Amadeo. No solo estaba desterrado el vicio de la corte del virtuoso principe, sino que ni aun hallaba abrigo en ninguna de sus provincias; y la piedad cristiana, sostenida de tan gloriosos ejemplos, dominaba en todas partes con religioso esplendor.

No era fácil que pudiesen ser menos cristianos los vasallos de príncipe tan santo. Su porte, sus modales, sus conversaciones, su semblante, inspiraban el respeto y amor á la Religión de que estaba lleno su corazón. Continuamente estaba unido con Dios; todos los objetos que se le presentaban, los que mas le elevaban á la presencia de su Autor. Fuera de esta perpetua aplicación á las cosas divinas, todos los días tenia horas destinadas para dedicarse únicamente al recogimiento. Su devoción á la santísima Virgen era tierna y afectuosa; llamábala siempre su querida madre, y no omitía medio alguno para ser su digno hijo.

Pero ninguna cosa hace formar idea mas justa y mas cabal de la heróica virtud de este piadosísimo príncipe, que el perfecto rendimiento con que se sujetó á las disposiciones de la divina Providencia, la cual quiso que este santo duque fuese sujeto toda la vida á insultos de epilepsia: una enfermedad tan humillante solo sirvió para acendrar mas su virtud; la miraba como particular beneficio del cielo. *Nada aprovecha tanto á los grandes, decía muchas veces, como las enfermedades habituales, porque sirven de freno para reprimir el ardimiento de las pasiones. Las aflicciones personales, añadia, mezclan cierta saludable amargura en los gustos de la vida, que los hace poco apetecibles, y obligándonos á volver los ojos á Dios, nos acercan mas á su Majestad.* Nunca perdió la paz de su corazón en medio de los mas rigurosos insultos de su penosa enfermedad; y como si esta no bastara para contentar las fervorosas ansias que tenia de padecer por amor de Dios, mortificaba su carne con abstinencias, con frecuentes ayunos y con rigurosas penitencias.

Consumido, en fin, por los inocentes rigores de la penitencia, conoció que el Señor queria terminar el

curso de sus días, de los cuales se puede decir que ni uno solo dejó de hallarse lleno en sus divinos ojos. Previnose con extraordinario fervor para la última hora. A la primera noticia de su grave enfermedad se cubrieron de luto toda Saboya y todo el Piamonte; no se oían mas que sollozos, alaridos y llantos; no se veían mas que procesiones y rogativas, clamando á Dios por la salud del amadísimo príncipe. Solo él se conservaba tranquilo; y habiendo declarado por regenta de sus estados á la duquesa su mujer, hizo llamar á su cuarto á los principales señores de la corte que se deshacían en llanto, y les dijo estas pocas palabras: *Mucho os recomiendo los pobres; derramad sobre ellos liberalmente vuestras limosnas, y el Señor derramará abundantemente sobre vosotros sus bendiciones. Haced justicia á todos sin acepción de personas; aplicad todos vuestros esfuerzos á que florezca la Religión, y á que Dios sea servido.* Enternecido por las lágrimas de los circunstantes, no pudo proseguir; calló, y en lo que le restó de vida, no habló ya sino con Dios. En fin, el día treinta ó treinta y uno de marzo de 1472, habiendo recibido el santo viático y la extrema unción, con aquella devoción y con aquellos fervorosos actos con que terminan los santos su gloriosa vida, murió en el palacio de Vercelli á los treinta y siete años de edad, y fué enterrado en la iglesia de San Eusebio, debajo de las gradas del altar mayor, como él mismo lo habia dejado dispuesto. Estaban todos tan persuadidos de su eminente santidad, que los prelados que asistieron á los funerales estuvieron por mucho tiempo indecisos sobre si dirían la misa de difuntos. El arzobispo de Tarantasia, por conformarse con el rito de la Iglesia, cantó la misa de *Requiem*; pero el de Turin celebró misa votiva de la Virgen, y el obispo de Vercelli la del Espíritu Santo. Habiendo Dios manifestado las

grandes virtudes de su siervo con grandes maravillas durante su vida, declaró su eminente santidad con gran número de milagros que obró inmediatamente despues de su muerte. El obispo de Vercelli refiere ciento treinta y ocho, todos muy ilustres, especialmente en los que adolecian de accidentes epilépticos. San Francisco de Sales aseguró al papa Paulo V que todos los dias obraba Dios nuevos milagros en el sepulcro del santo duque. Esto movió con el tiempo al papa Inocencio XI á dar licencia para que se rezase el oficio, y se celebrase la misa en honra del beato Amadeo en todos los dominios del duque de Saboya, y dentro de Roma en la iglesia de la nacion. No se ha entibiado en el dilatado espacio de casi tres siglos la devocion de los pueblos al beato Amadeo, ni la gran confianza que tienen en su poderosa intercesion. Son muy contadas las ciudades, villas y lugares de Saboya y del Piamonte, donde no se vean monumentos de la grande veneracion que todos profesan á este bienaventurado príncipe, y donde no se experimenten visibles efectos del mucho valimiento que tiene con el Señor.

---

SANTA BALBINA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Balbina, cuya memoria siempre ha sido célebre en la Iglesia, nació en la ciudad de Roma, era hija de Quirino, antes gentil, y despues ilustre mártir de Jesucristo. Tuvo la desgracia en sus primeros años de ser educada en los necios delirios de las supersticiones paganas; pero como Dios la tenia elegida para que en la capital del mundo confundiese el error del paganismo como una de las mas esclarecidas heroínas de la religion cristiana, dispuso su divina provi-

dencia los medios que tuvo por convenientes á este fin. Enfermó Balbina en lo mas florido de sus años, con tan graves accidentes, que la pusieron en estado de desesperar de todo remedio humano. Sentian en el alma sus padres la deplorable situacion de su hija, á quien amaban con extremo por sus recomendables cualidades; y habiendo apurado todos los recursos de la medicina, noticiosos de los muchos milagros que Dios obraba por medio del sumo pontífice Alejandro, el cual ya se hallaba preso por la fe de Jesucristo, se presentó Quirino á la cárcel, y postrado á sus piés, bañado en lágrimas, le rogó se dignase curar á Balbina expuesta á morir de los habituales accidentes que padecía. Condolido el santo papa de aquella pobre doncella, mandó al padre traerla á su presencia; y ejecutado así, la restituyó la salud con solo imponerla la bolsa de las reliquias que llevaba al cuello. Admirado Quirino de tan repentino prodigio, no dudando por él que era verdadero el Dios que adoraba Alejandro, se convirtió con toda su familia á la religion de Jesucristo. Todos los individuos de la casa de aquel nuevo confesor quedaron convencidos de las verdades infalibles que enseña nuestra santa fe, pero mas obligada Balbina por el beneficio que acababa de recibir, quiso esmerarse en dar pruebas de su creencia, acreditándolo así con cuantas obras recomienda nuestra religion. Conociendo Alejandro el zelo y fervor que manifestó desde luego la santa virgen en el servicio del Señor, la mandó buscarse las cadenas con que fué preso san Pedro, las cuales halló á expensas de exquisitas diligencias, por disposicion divina, y entregó á Teodora, doncella religiosísima, por orden del santo papa.

Aureliano, uno de los mas fieros perseguidores de los cristianos, diera muerte en la cárcel de Roma á san Hermes ó Hermeto, prefecto de la ciudad, no por

otra causa que la de haberse mantenido constante en la fe, y no querer prestar sacrilegas adoraciones á los ídolos; y habiendo sabido que su hermana Teodora, ayudada por Balbina, habian dado sepultura á su venerable cuerpo, mandó prender á ambas. Llamó á Balbina el dia siguiente á su tribunal, y preguntándola por su nombre y por el Dios á quien adoraba, respondió sin ninguna turbacion la santa: « Yo me llamo Balbina, y adoro á Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que crió el cielo, la tierra, el mar, y cuanto hay en ellos. — ¿De quién eres hija? replicó el tirano. — De Quirino, siguió la santa, á quien hace poco tiempo mandaste martirizar de un modo tan inhumano é inicuo. — ¿Sabes, continuó Aureliano, porqué fué tu padre atormentado? dime la causa de su pasion. — ¿Juzgas, respondió Balbina, que aterrada con la injusticia de aquel castigo no me atreveré á referirla por vergüenza ó por temor? Sabe que me sirve de grande honor y consuelo la dichosa muerte de mi padre, quien, convencido de la infalible verdad de la religion cristiana, se convirtió á ella con toda su familia, en virtud del prodigio que conmigo obró el santo pontífice Alejandro, sanándome de los accidentes mortales que padecía, con solo el contacto de las reliquias que llevaba al cuello, lo que no pude conseguir por todos los remedios humanos. Este fué el motivo porque tú, verdugo miserable, le mandaste quitar la vida. Habiendo quedado huérfana, me acogí á la proteccion de Teodora, hermana de Hermes, nobilísimo senador, al que ordenaste degollar tambien sin otra causa que la de adorar al verdadero Dios, por quien me presento en tu sangriento tribunal á padecer gustosa cuantos tormentos pueda discurrir tu bárbara crueldad. »

« Cesa, la dijo Aureliano, en tu necedad; porque si sigues tenaz las huellas de aquellos que han sufrido una muerte tan indigna, si no te conviertes al

culto de nuestros dioses, yo haré que experimentes mayores penas. — ¿Porqué, ó miserable, (respondió la santa, llena del Espíritu Santo, y de un valor superior á su sexo), porqué precisas á los fieles cristianos á que se separen del culto del verdadero Dios, y lo tributen á los que no lo son? — Porque nosotros, siguió el tirano, reverenciamos á aquellos á quienes dieron nuestros padres adoracion, no á los que nuevamente se han inventado. — Tus padres erraron, dijo la santa, adorando los ídolos. Y tú, miserable cuanto impio tirano, perecerás eternamente, porque quieres obligar á los hombres á que, dejando al Criador, reverencien á simulacros sordos y mudos. — ¿Quién otro es el criador, continuó Aureliano, sino Jove á quien los Romanos damos culto? — Si este, replicó Balbina, no fué sino un facineroso cargado de vicios, yo ignoro porqué le llamais Dios. El verdadero Dios es santo, inocente, y limpio de toda iniquidad, y el que á este dé culto se salvará; pero tú, que á los que le adoran afliges y das muerte, ¿cómo has de subsistir en su presencia? Entiende que cuando Jesucristo venga á juzgar á los vivos y á los muertos, y separe á los impíos de los justos, entonces se alegrarán en su presencia los justos, y los impíos serán castigados perpetuamente en el infierno. Mas el demonio cegó vuestros corazones, para que no conozcais al Criador ni al Salvador; pues si le conocierais, y creyerais en él, le adoraríais y reverenciaríais, con desprecio de los falsos dioses representados en las estatuas vanas, qué son obras de las manos de los hombres. »

Oyendo estos discursos el tirano, preguntó á Balbina: « ¿De dónde te ha venido tanta dlocuencia, y quién te ha enseñado estas cosas? — Cristo, hijo de Dios, respondió la santa; pues en su Evangelio tiene dicho á sus discípulos, que no piensen en lo que ha-

brán de hablar, cuando estuvieren ante los reyes y presidentes enemigos, que entonces el Espíritu Santo hablará por ellos. — Si el Espíritu Santo, replicó el tirano, es el que habla por ti, yo te haré llevar al lugar de prostitucion para que huya de ti. — Yo creo, espero y tengo por cierto, dijo entonces la santa, que por ninguna violenta ofensa que se haga á mi cuerpo, se separará de mí el Espíritu Santo, teniendo como tengo fijo en mi corazon su amor. De quien huye es de ti y de tus semejantes, porque no habita en los hombres dolosos y pecadores. Pero ¿para qué me canso en reconvenirte, estando endurecido, y no aprovechándote los conocimientos, sino acaso para que seas mas atormentado á la vista de Jesucristo á quien persigues? — Deja esa superfluidad de palabras, la dijo el tirano; adora á la diosa Diana, que con su sabiduría ilustrará tu entendimiento; pues de lo contrario te daré muerte, porque no me es decoroso racionar por mas tiempo con una jovenzuela. — Deja tú, necio tirano, le respondió Balbina, de rebelarte contra el Criador; deja, despues de tantas muertes de inocentes cristianos, tu error; cree en Jesucristo, y confiesa tus delitos, para que puedas salvarte, lo que si no hicieres, sabe por cierto que en breve perecerás, y por toda una eternidad, por la sangre de tantos mártires que has derramado injustamente: por último, entiende que jamás me separaras de la fe de Jesucristo por mas tormentos que puedas inventar. »

Fuera de sí Aureliano, viéndose concluido con tan sabias reconvencciones, despues de haber probado la constancia de la santa con varios tormentos, pronunció la siguiente sentencia: « *Muera Balbina habladora, no sea que seduzca al pueblo á seguir su error.* » Ejecutóse la providencia en el dia 30 de marzo del año 120, y pasó la ilustre mártir á gozar los

premios de su inclita confesion. Su cuerpo fué sepultado en la via Apia, en el cementerio de Prestato, llamado despues de Santa Balbina, con motivo de la iglesia que en su honor construyó en él san Marcelo papa, donde por tradicion antigua se cree conservarse el cadáver de la santa, con el de san Quirino su padre, y los de otros cinco santos desconocidos.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Tecua en Palestina, san Amós, profeta, al cual muchas veces afligieron con diversas plagas el sacerdote Amasias, y Osias su hijo, quien le hizo pasar por las sienes un baston puntiagudo; trasladado á su patria medio muerto, espiró, y fué sepultado en el sepulcro de sus padres.

En África, los santos mártires Teódulo, Anesio, Félix, Cornelia y sus compañeros.

En Persia, san Benjamin, diácono, al cual, como no cesase de predicar la palabra de Dios, en tiempo del rey Isdegerdes le metieron cañas agudas por entre las uñas, y atravesándole el vientre con un palo espinoso, llegó á la corona del martirio.

En Roma, santa Balbina, vírgen, hija de san Quirino, mártir, la cual, habiendo sido bautizada por el papa san Alejandro, despues de haber vencido el presente siglo, fué sepultada en la via Apia junto á su padre.

*La misa es del comun de confesor no pontifice, y la oracion la siguiente:*

Deus, qui heatum Amadeum,	O Dios, que trasladaste á tu
confessorem tuum, de terreno	confesor el bienaventurado
principatu ad coelestem glo-	Amadeo del principado de la
riam transtulisti; da nobis,	tierra al celestial reino de la
quæsumus, ut ejus meritis et	gloria; suplicámoste nos con-
imitatione sic transeamus per	cedas que por sus mereci-

bona temporalia, ut non amittamus aeterna. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

mientos y á su ejemplo usamos de los bienes temporales de tal modo, que no perdamos los eternos. Por nuestro Señor Jesucristo...

*La epistola es del cap. 10 de la Sabiduria.*

Justum deduxit Dominus per vias rectas, et ostendit illi regnum Dei, et dedit illi scientiam sanctorum: honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius. In fraude circumventium illum, adfuit illi, et honestum fecit illum. Custodivit illum ab inimicis, et a seductoribus tutavit illum, et certamen forte dedit illi ut vinceret, et sciret quoniam omnium potentior est sapientia. Haec venditum justum non dereliquit, sed a peccatoribus liberavit eum: descenditque cum illo in foveam, et in vinculis non dereliquit illum, donec afferret illi sceptrum regni, et potentiam adversus eos, qui eum deprimebant: et mendaces ostendit, qui maculaverunt illum, et dedit illi claritatem aeternam, Dominus Deus noster.

El Señor ha conducido al justo por caminos rectos, y le mostró el reino de Dios. Dióle la ciencia de los santos, enriquecióle en sus trabajos y se los colmó de frutos. Asistióle contra los que le sorprendían con engaños, y le hizo respetable. Le libró de los enemigos y le defendió de los seductores, y le empeñó en un duro combate para que saliese vencedor y conociese que la sabiduría es mas poderosa que todo. Esta no desamparó al justo cuando fué vendido, sino le libró de los pecadores, y bajó con él á la cisterna; y no le desamparó en la prision hasta que le puso en las manos el cetro real, y le dió poder sobre los que le oprimían: convenció de mentirosos á los que le deshonoraron, y le dió una gloria eterna el Señor nuestro Dios.

NOTA.

« El libro de la Sabiduria desde luego muestra lo que es, y por su titulo da á entender lo que contiene.  
 » No solamente lo inspiró la misma Sabiduria divina,  
 » esto es, el Espiritu Santo; sino que lo llenó de instrucciones muy propias para enseñarnos á adquirir

» la verdadera sabiduria. Estas instrucciones hablan  
 » con las personas de todos los estados y de todas las  
 » clases; pero las del capítulo 10, de donde se sacó  
 » la presente epistola, se dirigen singularmente á los  
 » grandes. »

REFLEXIONES.

Siempre es respetable la virtud; pero nunca se deja admirar mas que cuando reina en medio de la abundancia y entre los esplendores de la opulencia. ¿Cuánto edifica al mundo la regularidad de vida de un hombre poderoso! ¿qué impresion hacen sus ejemplos en todos! La virtud notoria de los grandes honra siempre á la Religion, pero mas los honra á ellos. Erija en buen hora el mundo magníficos mausoleos á los principes y á los monarcas; en suma, no encierran mas que cenizas frias, que se miran con desprecio. Se estima el mármol y la plata; se alaba el arte, el primor con que están trabajados; pero el primor, el arte y el mármol ¿dan por ventura estimacion á las cenizas? El respeto y la veneracion se reservan únicamente para la virtud. No es menester el bronce ni el oro para eternizar la memoria de un principe santo: *Dedit illi claritatem aeternam Dominus Deus noster*. Es eterno el mausoleo cuando le erigen la virtud y la Religion. ¿Cosa extraña! el deseo de la distincion y de la gloria casi siempre consume las rentas, y es la causa principal de necios y enormes gastos. Cómprase muy caro un poco de polvo que se echa á los ojos de los mortales, un fugaz resplandor que á manera de cohete se desvanece con un poco de ruido. Cuesta mucho regalar al mundo con escenas de teatro que le engañan, que le entretienen y por un poco de tiempo le divierten y le alucinan, pero que al cabo paran muy de ordinario en desprecio ó en sonrojo del que hizo toda la costa.